

# El frío de Sevilla

Acostumbrados a la permanente exaltación de la primavera sevillana, sorprenden las estampas invernales del erudito Aubrey FitzGerald Bell (1881-1950), traductor al inglés del novelista portugués Eça de Queiroz y especialista en Fray Luis de León, Arias Montano y Cervantes. ¿Cuándo aparecerá el valiente que escriba la guía de Sevilla en agosto?

POR FERNANDO IWASAKI

Aubrey F.G. Bell fue un profesor de Oxford enamorado de la península ibérica, pues consagró su vida al estudio de la literatura y los paisajes de España y Portugal, con especial énfasis en regiones como Galicia y en períodos históricos como el Siglo de Oro. No obstante, mientras en Portugal se le recuerda como uno de los grandes especialistas en literatura lusa, su memoria en España resulta de lo más esquiva, a pesar de títulos como *Hispanic Notes and Monographs* (1921), *Spanish Galicia* (1922), *A Pilgrim in Spain* (1924), *Luis de León: A Study of the Spanish Renaissance* (1925), *Contemporary Spanish Literature* (1928), *Castilian Literature* (1938) y *Cervantes* (1947), por no hablar de las biografías que dedicó a Gracián, Ginés de Sepúlveda o Arias Montano, y de sus traducciones de fray Luis de León, Pío Baroja o Blas de Otero, porque los grandes hispanistas lo mismo hacen de hinchas que de críticos.

Sin embargo, las primeras obras de Aubrey F.G. Bell no fueron monografías filológicas sino libros de viajes, uno de los cuales *In Portugal* (1911) sigue siendo un texto raro, valioso y de referencia. Por contra, su libro *The Magic of Spain* (1912) es considerado un título menor dentro de la bibliografía de viajeros por España, a pesar de contener juicios curiosos y provocadores acerca del carácter y la idiosincrasia española. Por ejemplo, cuando asegura que «los españoles son maestros en hablar sobre todo y en jamás hacer nada» y especialmente cuando afina por regiones: «los rudos agricultores gallegos, los industrioses artesanos de Barcelona, los alegres y voluptuosos andaluces o los astutos y vengativos valencianos, son esencialmente tan distintos unos de otros como todos ellos parte de una misma mascarada».

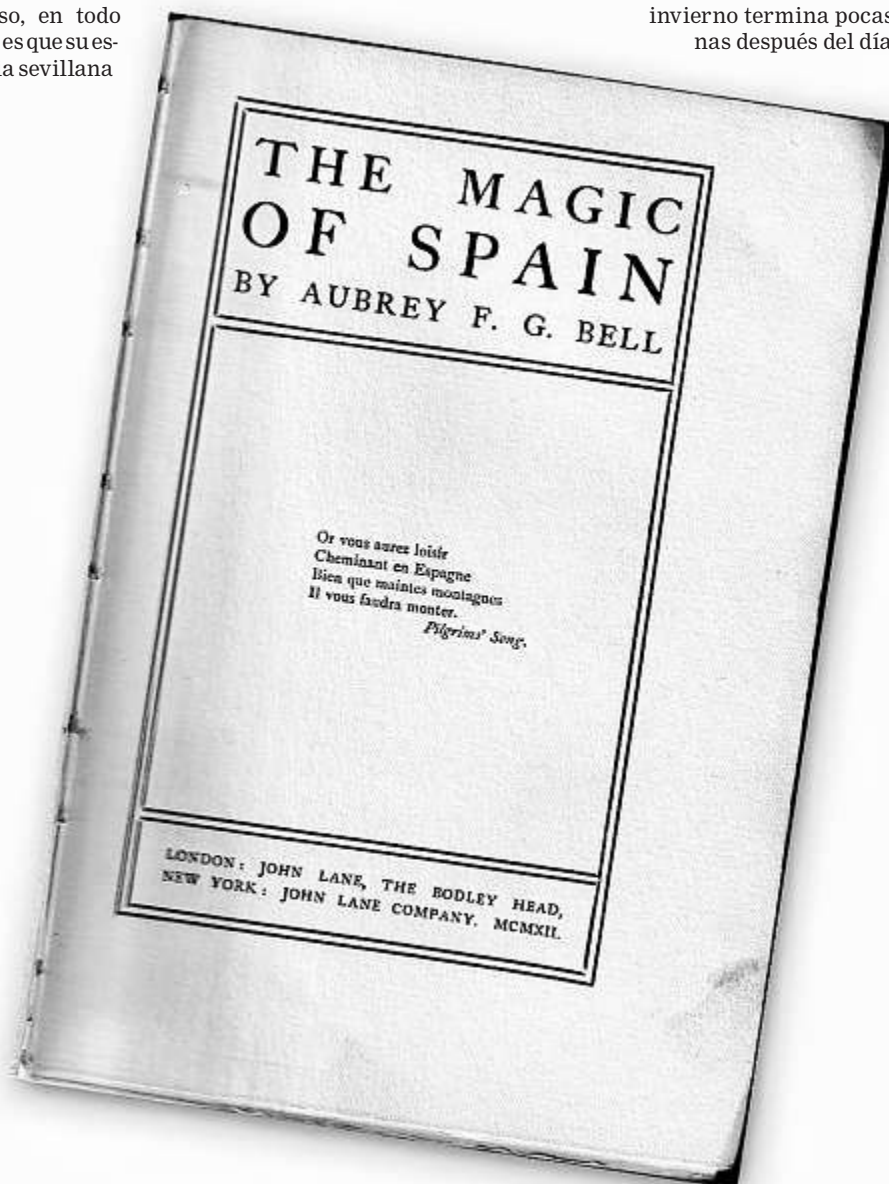
Como Chesterton, Aubrey F.G. Bell también fue un católico militante y así dedicó sesudas reflexiones al fenómeno del anti-clericalismo español, que hallaba muy relacionado con el machismo: «Los anticlericales se quejan de la excesiva influencia de los sacerdotes sobre la familia, mientras encie-

rran a sus mujeres en una clausura casi oriental para poder disfrutar de la charla en las calles, los casinos y los cafés. Por esta razón, mujeres de diversas partes de España prefieren participar en las magníficas ceremonias religiosas, en lugar de permanecer recluidas en sus casas». Y acto seguido agregó: «En algunas ciudades del sur, como Sevilla, el porcentaje de mujeres que se ven por las calles es notoriamente reducido».

*The Magic of Spain* consiste en un recorrido a través de Navarra, «Euskal-Erria», Galicia, Castilla, Madrid, Valencia, Murcia, Almería, Granada, Sevilla, Córdoba, Toledo, Salamanca, Galicia y Cantabria, aderezado con digresiones artísticas, literarias, religiosas e históricas. Lo novedoso, en todo caso, es que su estancia sevillana

coincidió con los meses de enero y febrero; es decir, con un frío inédito que congeló al sorprendido escocés: «Ocasionalmente –incluso en días despejados– el viento es helado y penetrante, y así uno contempla a todo el mundo envuelto: los hombres en sus capas y las mujeres con sus mantones». Está claro que el profesor Bell pensaba que en Sevilla podía sentir de todo menos frío.

«El escocés Aubrey Bell jamás imaginó que pasaría tanto frío en Sevilla»



Sin embargo, como vivimos tan orgullosos de nuestros meses primaverales, quizás no hemos prestado la debida atención a las escasas miradas de los viajeros sobre una estación de menos *marketing* aunque no menos bella, como el invierno: «El invierno sevillano transcurre discreto, mas no por ello es menos atractivo. El invierno entrevera días muy fríos con cielos de una claridad casi transparente, serenos de azul y dorados al atardecer. Entonces la línea blanca de los tejados se recorta contra el cielo azul del crepúsculo, coloreándose de ópalo mientras las colinas se tiñen de púrpura a la distancia».

Al profesor Bell le divertía ver cómo los sevillanos aprovechaban el menor rayo de sol para disfrutarlo («Las calles son tan estrechas que apenas dejan pasar los rayos del sol, pero en las plazas y otros lugares abiertos los hombres disfrutan, *tomando el sol*. A lo largo del puente de Triana, las hileras de butacas de ambos lados se abarrotan durante los días de sol») y cómo –en realidad– el invierno sevillano duraba un par de semanas: «En Sevilla el invierno termina pocas semanas después del día de Re-

yes, y ya en febrero el cielo adquiere un azul cada vez más intenso, mientras el calor aumenta y se multiplican los días soleados. Los días primaverales irrumpen con todo su esplendor y finalmente un calor feroz obliga a los sevillanos a huir de la ciudad en busca de refugios más fríos en la costa o en las colinas». Teniendo en cuenta que hablamos de principios del siglo XX, lo más probable es que aquellas colinas donde los sevillanos buscaban refugio, fueran las del Aljarafe.

Por aquellos años Sevilla era una ciudad donde se palpaba el contraste de los nuevos usos urbanos con las viejas estampas de los pueblos, pues mientras la cabalgata de Reyes de Sevilla no era una romería pastoril como en ciertos lugares de España («No existe una procesión de los Tres Reyes Magos que recorra la ciudad. En Alcoy, provincia de Valencia, los Reyes Magos bajan desde las montañas en sus cabalgaduras cargadas de regalos, y la mitad del pueblo los acompaña en su recorrido. Sevilla es demasiado civilizada para tener algo así»), por otro lado en las calles sevillanas era frecuente ver desfilar todo tipo de ganado: «Las campanas de las cabras y el grave tañido de los cerros de las vacas, se mezclan cada noche a la hora del ordeño, mientras los borricos recorren la ciudad montados por niños o conducidos por ancianos, cargados de naranjas que destellan doradas al sol o de cestos repletos de crujientes panes».

El caso es que a Aubrey F.G. Bell le sorprendió tanto que el invierno sevillano fuera tan breve como intenso, que dedujo que todas las estaciones del año eran maravillosas en nuestra ciudad: «Sevilla es maravillosa en invierno, cuando el cielo es de un azul helado y las estrellas reverberan en la noche. Sevilla es maravillosa en primavera, cuando en los tejados, patios y jardines triunfa el verde, cuando las naranjas todavía se balancean en los naranjos florecidos como nieve sobre azafrán, y cuando el maíz y las aceitunas están en su punto. Sevilla es maravillosa en verano, cuando los jardines están secos y marchitos y el aire caliente esparce su flama a los cuatro vientos, cuando el bochorno y la incandescencia del día se extinguen al atardecer y la luz de los patios de vecinos brilla en las noches aterciopeladas de oscuridad y calles estrechas».

¿Si Aubrey F.G. Bell hubiera venido en verano habría escrito lo mismo? Una cosa es segura: en agosto a las cuatro de la tarde no habría visto a nadie tomando el sol en el puente de Triana.